

## Furlong y la historia de la ciencia en Argentina

### Resumen

En este trabajo se considera la obra del P. Guillermo Furlong S.J. desde la perspectiva de la historia de la ciencia en Argentina. El trabajo comienza destacando la influencia de los años de formación en Estados Unidos sobre el tipo de trabajo histórico-erudito que hacía Furlong. Se destaca el lugar de los temas de historia de la ciencia dentro de su producción general, se comparan sus puntos de vistas con los de la historiografía de la ciencia vigente en las décadas de 1940 y 1950 (encarnada en el matemático José Babini) y se pone de relieve su papel de fundador de un campo de estudios, como es el de la historia de la ciencia colonial.

### Summary

This paper considers the work of Father Guillermo Furlong S.J. from the point of view of history of science in Argentina. We begin focusing on the years Furlong spent in the USA as a Jesuit student and speculate upon the influence that this education could have had on Furlong's style of scholarship. Afterwards, we analyze the place of history of science within Furlong's overall intellectual production and compare his points of view with those of historiography of science in Argentina in the 1940s and 1950s embodied in the mathematician José Babini. The paper underlines Furlong's role as the founder of the field of studies of colonial science in the Río de la Plata.

La obra de Furlong fue aluvial, profunda y fértil, producto de una sedimentación paciente e ininterrumpida.<sup>1</sup> El personaje mismo es casi un continente, con vastos territorios a explorar. El volumen de homenaje que la Junta de Historia Eclesiástica le dedicó en 1979 contiene 21 ensayos que destacan distintos aspectos de su trabajo y su personalidad. En la bibliografía de Furlong de 1974, Abel Geoghegan menciona 1974 ítems, de los cuales 106 son libros publicados.<sup>2</sup> A esto hay que agregarle los 389 trabajos firmados con pseudónimo, enumerados por Mario Tesler en un trabajo de 1994.<sup>3</sup> Puede ser que haya un grado de superposición entre ambos registros, pero bajo cualquier estándar que se quiera, la energía y el rendimiento de trabajo de Furlong son impresionantes. Y más lo son si consideramos que esta obra fue en buena medida fundacional en cuanto a los estudios de cultura virreinal e historia jesuítica del Río de la Plata y el Paraguay histórico.

Aquí me ocuparé de una perspectiva que, hasta donde sé, no ha sido estudiada hasta ahora: la cuestión de Furlong y la historia de la ciencia. Durante los doce años en que estuve dedicado (con largas interrupciones) a estudiar la ciencia en las misiones jesuíticas del Paraguay y Río de la Plata, tuve trato cotidiano con la obra de Furlong.<sup>4</sup> Según afirmaba John of Salisbury en el *Metalogicon* (1159), Bernard de Chartres afirmaba que si veía más

---

<sup>1</sup> Este texto está basado en una conferencia del autor en un homenaje a Guillermo Furlong S.J. en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 4 de diciembre de 2014.

<sup>2</sup> Abel R. Geoghegan, "Bibliografía de Guillermo Furlong S.J.", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 48 (1975): 401-546.

<sup>3</sup> Mario Tesler, *La obra oculta del Padre Furlong* (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 1994).

<sup>4</sup> Los resultados están reunidos en Miguel de Asúa, *Science in the Vanished Arcadia. Knowledge of Nature in the Jesuit Missions of Paraguay and Río de la Plata* (Leiden: Brill, 2014).

allá, era por ser un enano montado sobre los hombros de gigantes.<sup>5</sup> Newton—a quien se le suele atribuir la frase—la repitió en una carta a Robert Hooke, del 5 de febrero de 1676.<sup>6</sup> Si usar la imagen después de estos ilustres antecedentes no fuera una temeridad suicida, diría que se podría aplicar a mi trabajo en relación al de Furlong. Gran parte de aquel está construido sobre los cimientos que supo poner éste.

Furlong fue complejo e inclasificable. Su opinión entusiasta sobre el gobierno de Rosas—el “único con sentido nacional, argentino cien por ciento, para innegable dicha y felicidad de todos los argentinos”, dice—podría hacernos sucumbir ante la tentación de ubicarlo de lleno en el casillero de las corrientes revisionistas de esa época.<sup>7</sup> Pero a poco de andar, vemos que las cosas no encajan del todo, por lo menos, sería un revisionista atípico, pues se hace difícil imaginar entre los miembros de esta parcialidad historiográfica alguien que escribiera un largo ensayo sobre la religiosidad de Bartolomé Mitre, que venerara a Benjamin Franklin, o que expresara, en la intimidad, una no disimulada admiración por la cultura anglosajona, en particular por el humor y las universidades inglesas.<sup>8</sup>

La clave de una vida o una trayectoria suele hallarse en la infancia. La de Furlong trascurrió en una casa con diez hermanos, en Arroyo Seco y Rosario, pero podría haber trascurrido sin mayores diferencias en County Wexford, Irlanda (de donde eran sus padres) o algún suburbio del sur de Boston.<sup>9</sup> Hasta los 13 años no habló castellano. Más aun, él mismo relata la ocasión en que su padre le dio una paliza por hablar en ese idioma, mientras le recordaba que el suyo era el inglés.<sup>10</sup> Ya ingresado en la Compañía, Furlong hizo las humanidades en el monasterio de Veruela (Aragón) donde había un noviciado, la filosofía en Woodstock College, (Baltimore) y quizás en la Universidad de Georgetown (Washington), de donde recibió un diploma de Ph. D. El magisterio lo hizo en Buenos Aires y la teología en Sarriá (Barcelona). Creo que se ha subestimado la influencia formativa que en él tuvieron los tres años que pasó en Estados Unidos. Es más, creo que si Furlong fue un hispanófilo, lo fue tal como un hispanista anglosajón o irlandés pueden serlo. Esto no es novedad, ya Zapata Gollán afirmó que Furlong fue un hispanista con acento inglés.<sup>11</sup> Y Magnus Mörner lo caracterizó como un hispanista que, según sus propias declaraciones, se sentía mucho más cómodo en Estados Unidos o Inglaterra que en España.<sup>12</sup> De manera significativa, entre 1913 y 1915 Furlong publicó en la revista *Estudios*

---

<sup>5</sup> “Dicebat Bernardus Carnotensis nos esse quasi nanos, gigantium humeris insidentes, ut possimus plura eis et remotiora videre, non utique proprii visus acumine, aut eminentia corporis, sed quia in altum subvenimur et extollimur magnitudine gigantea” (*Metalogicon*, III.4).

<sup>6</sup> H. W. Turnbull, ed., *The Correspondence of Isaac Newton: 1661-1675, Volume 1* (Londres: Published for the Royal Society at the University Press. 1959), pág. 416

<sup>7</sup> Guillermo Furlong S.J., *Brete autobiográfico*, Serie Folio Menor, 5 (Buenos Aires: SEBA, 2000), págs. 13-14.

<sup>8</sup> Néstor T. Auza, “Guillermo Furlong. El hombre, el sacerdote, el historiador”, en [Academias nacionales] *Homenaje de las academias nacionales al R. P. Guillermo Furlong, S. J., 27 de octubre de 1992* (Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1993), 29-47, pág. 36. Para el artículo citado, ver G. Furlong, “La religiosidad del General Bartolomé Mitre”, *Archivum* 13 (1979): 7-30; idem, “The influence of Benjamin Franklin in the River Plate area before 1810”, *The Americas* 12 (3) 1956, 259-263.

<sup>9</sup> Ver Abel R. Geoghegan, “Apuntes para una biografía de Guillermo Furlong”, *Archivum* 13 (1979): 31-41.

<sup>10</sup> Agustín Zapata Gollán, “Tres anécdotas”, *Archivum* 13 (1979): 192-197.

<sup>11</sup> Zapata Gollán, “Tres anécdotas”, 193.

<sup>12</sup> Magnus Mörner, “Guillermo Furlong Cardiff (1889-1974)”, *Hispanic American Historical Review* 92-94.

una serie de cuatro artículos dedicados a presentar a “hispanófilos insignes” (éste era el título de la serie) de los Estados Unidos—los artículos se ocupan de 21 autores en total, y demuestran que se trataba de un proyecto meditado y no de artículos ocasionales.<sup>13</sup>

Una de las primeras conferencias de Furlong fue pronunciada en 1912 en la Rotonda de entrada al National Museum of Natural History de la Smithsonian Institution, en Washington, como parte del programa del Spanish American Athenaeum, que en esos años fundaba el Padre Charles Warren Currier (1857-1918). Éste sacerdote que se movió entre Estados Unidos y el Caribe, fue un polígrafo y americanista que había estado en Buenos Aires para el Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar del 17 al 13 de mayo de 1910, con ocasión del Centenario (y como resultado, publicó a su regreso un relato de viajes por Iberoamérica titulado *Lands of the Southern Cross*).<sup>14</sup> El encuentro con Currier fue de gran significación para un joven Furlong de 23 años. En la conferencia, éste había afirmado que “no hubo, ni pudo haber cultura científica alguna [en el Río de la Plata] durante los largos siglos de estancamiento llamados Época Colonial [...]. Por otra parte, cosa sabida es que la ignorancia era para España una política ya que, gracias a la misma, conservaba su predominio sobre las colonias de América”. Cuenta Furlong que, al finalizar la charla, Currier se le acercó y, amablemente, puso en tela de juicio sus afirmaciones. A este hombre, sigue, “debemos el haber, con posterioridad a aquella conferencia, indagado sobre el tema hasta llegar a conclusiones diametralmente opuestas”. Fue Currier, entonces, quien lo habría estimulado a acometer la investigación de fuentes documentales del pasado virreinal del Río de la Plata.<sup>15</sup> A partir de entonces, Furlong trabajaría a favor del rescate de la tradición colonial con la pasión de un converso.

Volviendo a nuestro argumento, los primeros trabajos de Furlong fueron artículos sobre escritores españoles para la primera edición de la *Catholic Encyclopedia* (1907-1914) y varios ensayos sobre los mismos temas en el *American Catholic Quarterly Review* (cuatro de ellos) y uno en el *American Ecclesiastical Review*.<sup>16</sup> Furlong enseñó durante 23 años literatura en el Colegio del Salvador y, según su propio testimonio, era muy aficionado a la misma.<sup>17</sup> Su formación en humanidades, como la de todos los jesuitas de su época, era sólida en lenguas clásicas e incluía hebreo bíblico. Furlong tenía mucha facilidad para los idiomas: hablaba francés y alemán. Tal como sucede con Borges, en el castellano escrito de

<sup>13</sup> Ver las referencias en Geoghegan, *Bibliografía*, 49.

<sup>14</sup> En relación a Argentina, señala Currier: “Dos cosas llaman la atención en Argentina: la botella de champagne y la cámara fotográfica. El champagne fluye libremente en cualquier recepción, aunque muchos de los presentes solo beban un sorbito. [...] Es evidente que en estas recepciones se gasta mucho dinero, pero los argentinos, que lo ganan fácilmente, lo gastan con libertad. Cualquiera que sean sus vicios (y todas las naciones los tienen), la frugalidad no es uno de ellos”. Charles Warren Currier, *Lands of the Southern Cross* (Washington, D.C.: Spanish American Publication Society, 1911), págs. 109-110. El libro tiene observaciones muy perceptivas sobre la vida eclesiástica de la Buenos Aires del Centenario. Para datos biográficos, ver Francis F. Burch, S.J., “Charles Warren Currier”, en *American National Biography*, ed. por John A. Garraty y Mark C. Carnes, vol. 5 (New York: Oxford University Press, 1999), págs. 874-875.

<sup>15</sup> El fragmento de la conferencia y el episodio están relatados en G. Furlong, [Prefacio], en idem, *Matemáticos argentinos durante la dominación hispánica* (Buenos Aires: Huarpes, 1945), 5-8.

<sup>16</sup> Geoghegan, *Bibliografía*, 111-112.

<sup>17</sup> Furlong, *Brete*, 8. En la bibliografía de Geoghegan se mencionan 15 artículos sobre literatura (en general español y argentina) publicados en *Estudios* y *El Salvador* entre 1914 y 1948. Ver Geoghegan, *Bibliografía*, 112-114.

Furlong se deja a veces adivinar la traducción de formas gramaticales inglesas (es el caso de las no infrecuentes lýtotes). La enumeración de sus autores favoritos en castellano evoca la lista de lecturas de un curso de literatura española dictado en un *college* estadounidense de los años cuarenta: los romances, Bécquer, Góngora, Luís de León, Menéndez Pelayo, Rodó y el Martín Fierro. La lista de los autores ingleses que le gustaba leer es más consistente: los *Canterbury Tales* de Chaucer, Shakespeare, de quien sabía páginas de memoria, los románticos Wordsworth, Shelley, Longfellow y Carlyle; los católicos Newman, Chesterton y Francis Thompson (el autor de “The Hound of Heaven”).<sup>18</sup> Las letras parecen haber sido un elemento sustancial en la vida de Furlong, quien escribía poemas en castellano y en inglés y hacía recitar a sus alumnos ese himno victoriano que es el “If” de Kipling.<sup>19</sup> Furlong leía el *Times* todas las veces que podía.<sup>20</sup> Parece que consideraba la famosa vida de Samuel Johnson por Boswell (1791) como el modelo biográfico a seguir.<sup>21</sup> De hecho, gran parte de la mejor producción de Furlong es biográfica y se advierte que tenía inclinación y talento para ese género histórico-literario.

Pero si hay algo que Furlong absorbió de la cultura inglesa es el método de trabajo en las ciencias humanas, aprendido en sus años de Woodstock (quizás Georgetown), a saber, la artesanía minuciosa de las referencias y la obsesión de las fuentes (generaciones post-modernas reducirían esta virtud al despectivo título de “documentalismo”). Hay, sí, un tono metodológico común con los historiadores contemporáneos que en Argentina se constituían en la Nueva Escuela Histórica (Rómulo Carbia, Emilio Ravignani, Ricardo Levene, entre otros), pero estoy convencido de que lo de Furlong viene de otro lado, porque es obvio que la camaradería profesional con sus colegas del Instituto de Investigaciones Históricas y de la Academia Nacional de la Historia (a la que ingresó en 1939 como miembro de número) fue establecida cuando Furlong ya estaba formado como historiador.<sup>22</sup> En breve, creo que Furlong fue un *scholar*.<sup>23</sup> Tenía el instinto y la madera del historiador científico, erudito y académico, la resistencia para las obras de largo aliento, la obsesión del aparato crítico, la pasión de los manuscritos y libros raros, que no era la estéril del coleccionador, sino la del especialista que, ante todo, domina los arcanos de un campo circunscripto del conocimiento (el del Furlong fue, obviamente, el período virreinal e independentista de nuestro país y la acción de los jesuitas). Creo que algunas aparentes contradicciones dejan de ser tales si entendemos a Furlong de esta manera, como un *scholar* de formación anglosajona deslumbrado por el territorio inexplorado de un tema, por una mina de documentos a descubrir. Furlong escribió con vehemencia, pero nunca con *odium*. Si bien en general tomó partido por interpretaciones históricas favorables a la cultura católica, hay en él distancia de las pasiones políticas más viscerales y un compromiso con la búsqueda de la demostración empírica de sus tesis que lo separa de muchos de quienes podrían considerarse sus compañeros de filias históricas. Entiéndase bien, no estoy diciendo que

---

<sup>18</sup> Furlong, *Brete*, 9-10 y 15.

<sup>19</sup> Furlong, *Brete*, 8; Federico Oberti, “La biblioteca del P. Furlong”, *Archivum* 13 (1979): 149-152, en pág. 150; Félix Luna, “Recuerdos de un maestro”, *Archivum* 13 (1979): 167-169.

<sup>20</sup> Auza, “Guillermo Furlong”, 36.

<sup>21</sup> Ernesto E. Padilla, “Una especialidad: las biografías”, *Archivum* 13 (1979): 73-76, pág. 73.

<sup>22</sup> Para la Nueva Escuela Histórica, ver Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009), págs. 139-200.

<sup>23</sup> Para el sentido preciso de esta denominación tal como la uso, ver Miguel de Asúa, “El dudoso encanto de ser un *scholar*”, *Ciencia Hoy* 28 (5), 1995, 12-16.

Furlong no fuera o no se sintiera argentino. De hecho, lo contrario es verdad. Furlong proclamaba el peculiar patriotismo digno y autoconsciente de ciertos inmigrantes irlandeses o escoceses acaudalados al campo. Pero al menos en cuanto a su trabajo histórico se refiere, su aparato mental era el de un *scholar*. Su admiración por el Martín Fierro no adoptó la forma de efusiones telúricas sentimentales, sino que consistió en 80.000 fichas que registran la utilización de sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios por estrofa y línea (el trabajo, enviado a Eudeba, nunca se publicó).<sup>24</sup> Furlong fue serio y trabajó en serio.

A Furlong quizás le hubiera sorprendido escuchar que se hablase de él como historiador de la ciencia. En su época y en nuestro país, se entendía que para ser tal había que ser un científico o ejercer alguna profesión de base científica, como médico o ingeniero. De hecho, sus principales aportes a esta disciplina (varios libros de la serie de Editorial Huarpes) como *Médicos argentinos* o *Naturalistas argentinos durante la dominación hispánica*, están prologados, respectivamente, por el historiador de la medicina Aníbal Ruíz Moreno y el entomólogo jesuita Gregorio Williner, como gesto de legitimación. En los años en que fueron publicados esos libros, en la década de los años cuarenta, la historia de la ciencia en nuestro país era patrimonio de Aldo Mieli y José Babini. El primero fue un importante historiador de la ciencia italiano, de alto perfil, que llegó desde París a Buenos Aires por cuestiones personales poco después de que George Sarton, el belga que institucionalizó la disciplina a nivel internacional, emigrara a Harvard. Mieli aterrizó en la Universidad del Litoral y sobre la base de su gran biblioteca creó el Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia.<sup>25</sup> Allí se le unió José Babini, profesor de matemáticas e ingeniero de ideas reformistas, discípulo y socio joven del distinguido matemático español Rey Pastor, que tuvo vasta influencia entre nosotros. Babini fue decano de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral.<sup>26</sup> Varios autores y yo mismo en varias ocasiones, nos hemos ocupado de este período fundacional de la historia de la ciencia en Argentina.<sup>27</sup>

En este momento nuestro tema es Furlong y si hablamos de Babini, es porque éste constituye un imprescindible término de comparación. A través de su actuación en altos cargos universitarios (decano interventor de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo) y como funcionario de política cultural en los gobiernos desde 1955 hasta Frondizi, Babini tuvo una considerable trascendencia intelectual en nuestro medio. Desde el punto de vista historiográfico, el estilo que aprendió de Mieli comenzaba a dejar de tener vigencia en la escena mundial apenas publicados esos libros, debido al florecimiento de la historia de las ideas científicas, corriente que constituyó la primera de por lo menos tres profundas transformaciones historiográficas que experimentó la historia de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XX.<sup>28</sup> La de Babini

<sup>24</sup> Padilla, "Una especialidad", 74.

<sup>25</sup> Miguel de Asúa, "Morir en Buenos Aires. Los últimos años de Aldo Mieli", *Saber y tiempo* 1 (3) 1997, 275-292.

<sup>26</sup> Eduardo L. Ortiz y Lewis Pyenson, "José Babini: matemático e historiador de la ciencia", *Llull* 7 (1984), 77-98.

<sup>27</sup> Miguel de Asúa, "Introducción", en idem (comp.), *La ciencia en la Argentina. Perspectivas históricas* (Buenos Aires: CEAL, 1993), págs. 7-26.

<sup>28</sup> Miguel de Asúa, "Introducción", en idem (comp.), *La historia de la ciencia. Fundamentos y transformaciones* (Buenos Aires: CEAL, 1993), 2 vols., vol. 1, págs. 9-37.

era una historia de la ciencia sartoniana, apoyada por una filosofía inductivista, que entiende la ciencia como una acumulación paulatina de conocimientos empíricos. Se trata de una historia *événementielle*, de nombres, fechas y “descubrimientos”, con un acento en el progreso. Criticar este modelo sería incurrir en anacronismo. Lo interesante para nosotros es que la manera que Furlong tenía de entender la historia de la ciencia no era demasiado diferente a la de Babini. No podía ser de otra manera, ya que esa era el modo en que la historia de la ciencia se cultivaba entre nosotros hasta hace dos o tres décadas. Con estos presupuestos, Furlong se deslizaba al presentismo, cuando cargaba el acento en los que consideraba logros científicos de sus biografiados, juzgados en términos de la ciencia actual.<sup>29</sup>

La *Historia de la ciencia en la Argentina* de Babini fue su obra más conocida y pasó por varias versiones, la primera de 1949 (México: Fondo de Cultura Económica de México) y la última de 1986 (Buenos Aires: Solar), en la colección de Gregorio Weinberg, prologada por Marcelo Montserrat.<sup>30</sup> En su momento, el manual llenó un vacío y, de hecho, todavía circula. Pero aun haciendo el esfuerzo de simpatizar con él dentro de su género historiográfico y de las condiciones en que fue escrito, la obra padece de varios problemas. En cuanto a lo que nos concierne, la conclusión del Período colonial es que “si se concibe la ciencia ya como actividad creadora, suprema expresión del pensamiento humano, ya como una labor organizada, reflejo del esfuerzo intelectual de la colectividad, debe concluirse que durante el largo período colonial la Argentina no cobija prácticamente manifestación científica alguna”.<sup>31</sup> Es irónico que esta fuera exactamente la conclusión que el joven Furlong había manifestado en Washington, antes de transformarse en paladín de la causa contraria. Pero para Babini la negación de la ciencia colonial no fue, como para Furlong, un punto de partida para un programa de investigación que revertiría esa manera de ver, sino un axioma aceptado. En efecto, Babini reduce la ciencia del período a poco más que la actividad del astrónomo Buenaventura Suárez y, por supuesto, la del ilustrado Félix de Azara. Sus fuentes para este período fueron Vicente Fidel López, Joaquín V. González y Bartolomé Mitre, es decir, prácticamente las mismas que Furlong señaló en la preparación de aquel fatídico discurso de 1912 (en su caso, se agregaban Vicente Quesada y Diego Barros Arana). Pero los paralelos terminan ahí, ya que en su manual Babini afirmó algo que Furlong jamás hubiera suscripto, a saber, que “la expulsión de los jesuitas, en 1767, contribuyó a la difusión de las nuevas ideas, ya que esa orden no sólo monopolizaba la educación, sino que constituía la celosa guardiana de las concepciones que las nuevas ideas combatían”.<sup>32</sup> El problema con el libro de Babini no es su desmesurado entusiasmo por una línea historiográfica que él decodificó en clave de los tiempos políticos que le tocaron vivir. Su mayor inconveniente es que, si con generosidad de criterio podría concederse que Babini fue un historiador, jamás podrá decirse que fue un *scholar*.

<sup>29</sup> En realidad, la ciencia jesuita en Paraguay y el Río de la Plata era una expresión de la ciencia barroca o ciencia católica de los siglos XVII y XVIII y es en esos términos que debe ser considerada.

<sup>30</sup> José Babini, *La historia de la ciencia en la Argentina* (Buenos Aires: Solar, 1986). Ver José Babini, *Biografía. Introducción y notas de Nicolás Babini* (Buenos Aires: Dunken 2001), págs. 44 y 52.

<sup>31</sup> Babini, *Historia*, 65-66.

<sup>32</sup> Babini, *Historia*, 60.

El mundo de Furlong dista de la *Historia de la ciencia en la Argentina* babinina, no sólo por lo que dice, sino por el simple hecho de ser historia hecha sobre la base de documentos. En su gran síntesis *Historia Cultural y Social del Río de la Plata*, afirma Furlong:

Es ciertamente desdorado para la cultura argentina el que haya aun espíritus tan ignaros o frívolos que en el tono más enfático y con la insipiencia más supina, arrostran a los hombres del pasado, en este caso a los hombres que ocupan durante siglo y medio la cátedra de filosofía en la sede máxima del saber colonial, un crimen que jamás cometieron [...] Ojalá los escritores de hoy conocieran tan bien a los maestros cordobeses de otrora, como estos conocían, no ya a los grandes pensadores escolásticos, sino a los que ‘ellos’ llaman grandes pensadores de esas centurias, a Descartes, Gassendi, Newton, Wolff. Quizás ni V. F. López, J. M. Gutiérrez y V. Quesada han podido ver los escritos de estos grandes pensadores, que eran tan bien conocidos y justicieramente apreciados por los jesuitas de Córdoba desde fines del siglo XVIII a principios del siglo XIX”.<sup>33</sup>

Debo decir que creo que la valoración de la enseñanza en Córdoba que propone Furlong es demasiado optimista (de hecho, he argumentado que el campo más dinámico de las ciencias se daba en las misiones y no en la universidad).<sup>34</sup> Pero eso no quita que lo de Furlong haya sido el primer y corajudo intento a gran escala de sintetizar el largo período colonial y jesuita de nuestro pasado intelectual. Y esto puede decirse todavía más en lo que compete a la historia de la ciencia. Para establecer un paralelo que valdría la pena considerar en más detalle, nadie suscribiría hoy la tesis de Pierre Duhem según la cual la ciencia moderna nació con las condenaciones de París de 1277, pero todos reconocen que este físico, historiador y filósofo de la ciencia católico fundó, sin más, la historia de la ciencia medieval.<sup>35</sup> Lo mismo puede decirse de Furlong. Sus tesis particulares podrán ser discutidas y hoy estamos lejos de su manera de entender la historia de la ciencia como él lo hacía, pero fue él quien demostró que en el Río de la Plata colonial y en las misiones, hubo ciencia *simpliciter*; fue él quien dio forma a todo un campo de estudios.

Además del notable trabajo de Furlong sobre cartografía colonial, están las biografías y los análisis de personajes que hasta que él los descubriera pasaban casi como inexistentes: los escritores de historia natural y naturalistas como Ramón M. Termeyer S.J., los astrónomos Buenaventura Suárez S.J. y Félix Frías S.J., los autores de obras de *materia medica* y compendios de medicina práctica como Pedro Montenegro S.J. y Sigismund Aperger S.J.,

<sup>33</sup> Furlong, *Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810. El trasplante cultural: ciencia* (Buenos Aires: TEA, 1969), p. 164.

<sup>34</sup> Miguel de Asúa *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 161-172; idem, *Science in the Vanished Arcadia*, 247-251.

<sup>35</sup> Duhem señaló que “s’il nous fallait assigner une date à la naissance de la Science moderne, nous choisirions sans doute cette année 1277 où l’Évêque de Paris proclama solennellement qu’il pouvait exister plusieurs Mondes, et que l’ensemble des sphères célestes pouvait, sans contradiction, être animé d’un mouvement rectiligne” (Pierre Duhem, *Études sur Leonard de Vinci*, 3 vols. (Paris: Hermann, 1906-1913), vol. 2, pág. 412). Esta perspectiva no es compartida por los historiadores de la ciencia medieval hoy en día. Ver, por ejemplo, David C. Lindberg, *The Beginnings of Western Science. The European Scientific Tradition in Philosophical, Religious, and Institutional Context, 600 B.C. to A.D. 1450* (Chicago: Chicago University Press, 1992), 234-244.

médicos como Thomas Falkner S.J., en fin, todo ese mundo de las misiones que fue arqueológicamente exhumado y originalmente recreado por Furlong.

Visto a la distancia, parecería ser que Furlong siguió un programa de investigaciones y publicaciones trazado en vistas a la recuperación de la actividad de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. La primera síntesis fue el breve volumen *Los jesuitas y la cultura rioplatense* (Montevideo: Urta y Curbelo, 1933). Entre 1938 y 1943 publicó la serie de crónicas de jesuitas misioneros entre los diversos pueblos aborígenes, el primero de los cuales fue *Entre los Mocobíes de Santa Fe. Según noticias de los misioneros jesuitas* (Buenos Aires: Amorrortu 1938) y luego Abipones del Chaco, Pampas de Buenos Aires, Vilelas de Salta, Lules de Tucumán y Tehuelches de la Patagonia. Una de las series más conocidas de Furlong fue la de “Cultura Colonial Argentina”, de Editorial Huarpes, que comenzó con *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica* (1944) y hasta 1948 dedicó volúmenes a músicos, matemáticos, arquitectos, artesanos, médicos y naturalistas. Estos libros, y los trabajos de investigación original que ellos resumen, son el cimiento de la historia de la ciencia en el período jesuita. En 1952 Furlong publicó el famoso *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* (Buenos Aires, Kraft) y ese mismo año comenzó otra serie bien conocida de textos históricos con introducciones, denominada “Escritores coloniales rioplatenses”, que cubrió 24 autores—muchos de los cuales son fuentes importantes para la historia de nuestra cultura científica. Hay en *Nacimiento y desarrollo de la filosofía* cuestiones particulares pero importantes, de difícil aceptación hoy, como la argumentación de que fueron las ideas de Francisco Suárez las que constituyeron el trasfondo de Mayo—lo cual ha sido criticado, con fundamento, por José Carlos Chiamonte.<sup>36</sup>

En la década de los años 60 aparecieron dos obras de síntesis: *Misiones y sus pueblos de guaraníes* (Buenos Aires: [Ediciones Theoria], 1962) y la que resume y sistematiza gran parte del trabajo de Furlong, los tres tomos de la *Historia Social y Cultural del Río de la Plata, 1536-1810* (Buenos Aires: Tipográfica Editora, 1969). En el área de geografía histórica Furlong hizo algunos de sus aportes de mayor peso. La *Cartografía jesuita del Río de la Plata*, dos volúmenes, donde cataloga y comenta 111 ítems y reproduce 51 cartas y mapas (Buenos Aires: Peuser, 1936) y al año siguiente la *Cartografía colonial rioplatense* (Buenos Aires: Coni, 1937).<sup>37</sup> La otra área donde contribuyó con obras de largo aliento fue la de bibliografía colonial, de la que por gracia de ejemplo sólo citaremos *Orígenes del arte tipográfico en América* (Buenos Aires: Huarpes, 1947), los cuatro volúmenes de su *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses, 1700-1850* (Buenos Aires: Guaranía/Librería del Plata/Huemul, 1953-1975), con varios colaboradores, y la *Bibliografía de la Revolución de Mayo, 1810-1828* (Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación 1960), en colaboración con Abel Geoghegan.

<sup>36</sup> José Carlos Chiamonte, “Reflexiones polémicas”, en idem, *La crítica ilustrada de la realidad. Economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano del siglo XVIII* (Buenos Aires: CEAL, 1982), pp. 75-104.

<sup>37</sup> Furlong fue uno de los fundadores de la Academia Nacional de Geografía, ver José María Arredondo, “El R. P. Furlong como geógrafo”, en *Homenaje de las academias nacionales al R. P. Guillermo Furlong, S. J.*, 17-28.

Es cierto que Furlong escribía una historia encomiástica de la Compañía de Jesús y que sus trabajos están informados por una opinión valorativa acerca de la intensidad y significación de la cultura hispana, a la que veía como la raíz de la Argentina. Respecto de lo primero, el sesgo es obvio y, tratándose de un jesuita que escribía en las décadas de 1930 a 1950, no merece mayor comentario, so pena de caer en la trivialidad. Respecto de lo segundo y desde una óptica de ideas contrapuesta en este punto a la de Furlong, debo admitir que lo suyo fue un correctivo imprescindible a la historiografía entonces corriente. Quizás pudo haber exceso de entusiasmo al transformar el Río de la Plata dieciochesco y sus periferias misionales en un centro cultural demasiado luminoso. Pero esto debería ser comprendido como una reacción a la amputación de ese segmento de la historia llevada a cabo por las corrientes historiográficas académicas de entonces. Reconozcamos también que la historia de Furlong divide, casi con candor, los personajes en grupos de amigos y enemigos. Esto podría comprenderse como expresión de una cultura jesuítica ubicada por lo general del lado del orden y a la defensiva, al ritmo de los sucesivos ataques generados por lo que el historiador de la iglesia Di Stefano describió como “el mito jesuita” (el más sonado, el incendio del Colegio del Salvador en 1875).<sup>38</sup> Por otro lado, los testimonios coinciden en que, en materia religiosa, Furlong fue tradicionalista y conservador y su adaptación a la iglesia post-conciliar no ocurrió sin alguna dificultad.<sup>39</sup>

Entre los especialistas internacionales en ciencia jesuita, uno de ellos, Mordechai Feingold, defendió la idea de que algunos jesuitas matemáticos, astrónomos y cultores de la filosofía natural de la temprana edad Moderna eran antes *savants* que religiosos.<sup>40</sup> Sin entrar en esta cuestión, quisiera decir que no creo que ese haya sido el caso con Furlong. Muy por el contrario, creo que, tal como los jesuitas que escribieron sobre el mundo natural de las misiones, Furlong fue antes jesuita que *scholar*. Según los testimonios unánimes recogidos de aquellos que lo conocieron, aun tangencialmente, su erudición y su trabajo estuvieron siempre integrados a su vocación religiosa. En su autobiografía Furlong relata cuando le leía un poema al gravemente enfermo padre Julian Hurley, de Mercedes, que lo había llevado a la vida religiosa. La breve composición, de otro jesuita irlandés, John Shea, podría constituir una bella síntesis de la vida del mismo Furlong: “When I am dying/How glad I shall be/That the lamp of my life/Has burnt out for Thee”.<sup>41</sup>

Poco antes de morir, en abril de 1974, Furlong le envió una carta al padre Jorge Bergoglio, que era entonces provincial desde hacía poco menos de un año. En la misma le recuerda la frase de San Pablo en la versión de la Vulgata: “qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat” (I Tim 3, 1), pero le agrega una traducción libre de Mons. Juan Sinfiriano Bogarín, obispo de Paraguay a partir de 1894 y primer arzobispo de ese país. Según esta traducción libre, que Furlong hace propia, lo que San Pablo habría dicho es: “a quien desee

---

<sup>38</sup> Roberto Di Stefano, “El mito jesuita. Una teoría conspirativa que movilizó multitudes en la Argentina”, *La Nación* domingo 17 de marzo de 2013, Suplemento Enfoques, pág. 7

<sup>39</sup> José Antonio Sojo S. J. “Guillermo Furlong S. J.”, *Archivum* 13 (1979), 57-60, pág. 59; Félix Luna, “Recuerdos”, p. 169.

<sup>40</sup> Mordechai Feingold, “Jesuits: Savants”, en idem (ed.), *Jesuit Science and the Republic of Letters* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 2003), 1-45.

<sup>41</sup> Furlong, *Brete*, 7-8.

ser obispo, buena le espera”.<sup>42</sup> Si por “obispo” entendemos obispo de Roma, se ve que Furlong, además de todo, era profeta.

---

<sup>42</sup> Sojo, “Guillermo Furlong S. J.”, 60.